

por lo mismo, ¡tan terrible y trágico! Ninguno de nosotros, ni él mismo, preveía la próxima catástrofe... y en esta ausencia de adivinación se ocultaba un abismo...

Al contrario, todo ese día era uno de los más armoniosos. Cuando L. D. salió al jardín, a las doce, y yo le ví, bajo el sol ardiente, con la cabeza descubierta, me apresuré a llevarle su gorra blanca para defender su cabeza de la rudeza del sol impío; defenderle del sol... pero ya estaba él bajo la amenaza de una muerte terrible... No sentíamos entonces el destino, el impulso de la desesperación no mordía aún nuestro corazón.

Me acuerdo que cuando nuestros amigos estaban construyendo el sistema de señales en la casa, el jardín y el patio, y se establecían los lugares de guardia, dirigí una vez la atención de L. D. a la necesidad de poner una guardia cerca de su ventana; en aquel momento me pareció indispensable, pero él dijo que en éste caso sería preciso extender el sistema de defensa, aumentar el número de guardias hasta llegar a diez, lo que no estaba en proporción con los medios y con el material humano de que dispone nuestra organización. Guardia cerca de la ventana, no podía salvarle en un momento dado; sin embargo, me preocupó mucho la ausencia de la misma en ese sitio. L. D. estaba muy impresionado con el obsequio que le enviaron nuestros amigos de Mineápolis, un chaleco blindado, especie de cota de malla. Viéndolo, dije que sería conveniente tener algo también para la cabeza. L. D. insistía en que cada compañero que ocupase el puesto responsable en un momento dado, llevase ese chaleco blindado. Después del fracaso que sufrieron nuestros enemigos en el ataque del 24 de mayo, sabíamos muy bien que Stalin no se detendría allí y nos preparábamos. También sabíamos que la G.P.U. emplearía otro método de asalto. No excluíamos un ataque por una persona sobornada por la G.P.U. Pero ni la cota de malla ni el casco hubieran podido protegerlo. Era imposible emplear diariamente éstos